

decía que en asuntos de fé nada tenía que hacer el verdugo (1).

El duque Carlos, á fin de robustecer, además del luteranismo, el poder del gobierno enfrente de las tendencias oligárquicas de la aristocracia del país, y para dar un sello nacional al gobierno enfrente del rey, papista y ausente, pero legítimo y hereditario, había hecho decidir en la asamblea de Soderköping: primero, que él se encargara del gobierno hasta el regreso del rey, quedando prohibidas todas las comunicaciones y apelaciones al rey mientras éste se hallara fuera del país, y segundo, que las órdenes del rey expedidas desde el extranjero necesitaran la aprobación del gobierno sueco para ser válidas. Los consejeros del reino, no queriendo ser meros instrumentos en manos del duque, se mantuvieron á favor de Segismundo, bajo cuya autoridad les sonreía un brillante porvenir, por lo cual continuaron haciendo la oposición al duque. Sin embargo, para sostener á éste se formó otro partido que decía que quería un solo regente y que para tal cargo le bastaba el duque Carlos.

El rey Segismundo declaró desde Varsovia nulas y sin ningún valor las resoluciones de Soderköping y destituyó al duque de la regencia, encargándola exclusivamente al consejo de los siete. En consecuencia de esto, decidió el duque Carlos poner su posición á prueba porque, si el resultado fuese favorable, podría considerarse dueño de la situación. Declaró, pues, en noviembre de 1596 que renunciaba al gobierno; pero que pondría su renuncia en manos de los estamentos de los cuales lo había recibido, y para esto convocó un nuevo parlamento en Arboga, á pesar también de la orden del rey y de las protestas del consejo del reino. Al nuevo parlamento no asistieron la mayor parte de los consejeros del reino ni tampoco la nobleza, pero tanto mas numerosa fué por lo mismo la representación de las ciudades y los campesinos; los dalecarlios gritaron blandiendo sus hachas: «te defenderemos mientras nuestra sangre conserve su natural calor.» La asamblea decretó la renovación de las resoluciones de Soderköping, declarando que los contraventores serían considerados enemigos del reino y sometidos con las armas, y que el que se mostrara tibio en la sofocación del catolicismo sería desterrado ó encarcelado. Al mismo tiempo encargaron nuevamente del gobierno al duque, y determinaron que ninguna disposición del rey tuviera fuerza si no era aprobada por el duque regente.

Autorizado Carlos de esta manera, procedió sin demora á ejecutar las resoluciones de la asamblea. Los consejeros que no quisieron someterse se retiraron del país y se refugiaron al lado de Segismundo. Carlos se apoderó de las ciudades de Elfsborg, Stegebor y Calmar, cuyos habitantes se declararon con júbilo por él, y desde allí pasó á la Finlandia donde estaba el foco principal del partido favorable á Segismundo y donde continuaba la guerra civil á garrotazos. El duque sometió el país y condujo prisionero á Estocolmo á varios nobles rebeldes.

Pocas veces seguramente se han empleado medios mas revolucionarios para salvar una monarquía nacional. Esta fué «la revolución gloriosa» de la Suecia.

Cuando el rey Segismundo vió su reino hereditario completamente sublevado contra él, regresó á Suecia en verano de 1598, y esta vez para reconquistar el país con las armas; con lo cual entró el Norte en la lucha que había de decidir la gran cuestión de la época, justamente cuando en el Occi-

(1) Y sin embargo tuvo mucho que hacer, lo que prueba que la tolerancia que hoy se observa en todos los países civilizados es efecto del progreso de la civilización y no de ninguna doctrina religiosa.

(N. del T.)

dente de Europa empezaba el arreglo político en la paz de Vervins.

El triunfo de Segismundo habría significado mucho mas que la union de Polonia y Suecia, y que la restauración del catolicismo en esta última; habría sido un triunfo trascendentalísimo del principio ultramontano en general. La lucha entre las dos ramas de la familia de Wasa tenía, pues, gran importancia europea.

El duque Carlos, con sus dalecarlios y los hombres de Sodermanland, obtuvo en 25 de setiembre de 1598 junto al puente del rio Stang, cerca de Linköping, una brillante victoria sobre la hueste polaca de Segismundo; victoria que dió por resultado el convenio de Linköping. Por este convenio Segismundo se obligó á deponer las armas, á licenciar la tropa extranjera y á someterse en el término de cuatro meses al parlamento que se convocaría; y en caso de proceder en sentido contrario, los suecos quedarían dispensados del juramento de fidelidad. Segismundo, sin aguardar la reunión del parlamento, aprovechó el primer viento favorable para embarcarse como fugitivo para Danzig, abandonando á los nobles que le habían permanecido fieles y que habían sido los únicos defensores de su corona. Entonces los suecos en el parlamento de Linköping (enero de 1599) declararon destronado al rey Segismundo, y en el Parlamento siguiente, que se reunió en el verano del mismo año en Estocolmo, nombraron al duque Carlos regente hereditario del reino.

El pueblo sueco trasladó, pues, en sustancia el poder real hereditario de la rama mayor de la familia Wasa á la rama menor, declarándose al mismo tiempo contra la religión católica y contra la union á la Polonia papista; es decir, contra la solución ultramontana de la cuestión báltica.

Desde aquel momento, faltando á Carlos solo el título de rey, procedió como único jefe del reino cuya misión era dar á la Suecia, como habían hecho otros dos miembros de su familia antes que él, la forma y espíritu de una monarquía nacional, y reconoció, como habían reconocido su padre Gustavo Wasa y su hermano Erico, que la existencia de esta monarquía solo podía fundarse sobre el dominio único de la corona. En cuanto á su poder personal, no tenía mas fundamento que el dominio exclusivo del luteranismo en materia de religión. Como sus antecesores, procedió para llegar á este fin sin consideración ni misericordia, despóticamente y sin retroceder ante ningún acto de crueldad. En la raza de los Wasa había algo de la energía brutal de los adalides de las leyendas escandinavas, energía que faltó solo á los dos miembros de la familia que hemos presentado como renegados indecisos de la fé protestante. En los tres grandes reyes de la familia Wasa del siglo xvi se manifiesta en ciertas ocasiones el carácter original indómito que permite compararlos con los bloques graníticos y erráticos que se encuentran en medio de llanos cultivados de las orillas del Báltico. Son varones montaraces, de un pasado salvaje, que aparecen en época civilizada y refinada.

Al nuevo jefe hereditario importaba por lo pronto acabar radicalmente con todas las simpatías católicas y favorables á Segismundo, y tomar al propio tiempo venganza sangrienta en los enemigos de la Suecia y de su propia persona; porque á la sazón se juntaban en uno solo sus intereses personales y los del Estado. Tomó á Calmar, donde Segismundo había dejado una guarnición suya, en cuya toma el nuevo jefe del reino sueco fué el primero en subir la escala del asalto. En el verano de 1599 volvió otra vez á Finlandia y tomó también por asalto las plazas de Wiborg y Abo, arrojó á los partidarios del rey y sometió el país. Sus victorias fueron seguidas de sangriento juicio; Juan Sparre, el defensor de Calmar, fué decapitado con algunos otros nobles, y sus ca-

bezas fueron clavadas encima de la puerta de la ciudad. Sometida la Finlandia, fué muerto por el verdugo el hijo del gobernador Claes Flemming, que había fallecido poco antes. Oluf Gustafson Stenbock, que había destrozado de un tiro el brazo del infortunado rey Erico, cuya guarda le estaba confiada, pagó su delito con la vida. Los consejeros del reino favorables á Segismundo y que habían caído en manos de Carlos á consecuencia de la batalla de Stangebró, fueron encausados, y ejecutados los principales de ellos pertenecientes á las familias Baner, Bjelke y Sparre. Otros huieron, pero sus propiedades fueron confiscadas y sus hijos excluidos para siempre del consejo del reino. De esta manera fué diezmada la alta nobleza sueca de la manera mas inexorable y cruel, y el consejo del reino, baluarte de la aristocracia, cesó de ser un cuerpo político. Era de prever que Segismundo no se conformaría de buen grado con las resoluciones de sus súbditos, y que por lo contrario haría cuanto pudiese por conservar en sus sienes la corona de Suecia; siendo por lo mismo seguro que la Suecia tendría que defender su nueva existencia nacional con las armas contra Segismundo y los polacos. En efecto, estaba Segismundo impaciente por empezar la lucha, pero los polacos correspondieron muy mal á su impaciencia; los Estados reunidos en el parlamento de Varsovia (marzo de 1600) declararon que no se hallaban en situación de entrar en una nueva guerra, y solo prometieron ayudar al rey hasta donde alcanzaran sus fuerzas si emprendiese la guerra de su cuenta y riesgo. También salieron ilusorias las esperanzas que Segismundo había fundado en el auxilio del czar moscovita Boris Godunoff, que no obstante hizo con Polonia una paz por veinte años cuando el duque Carlos rechazó con indignación la proposición del czar de prestarle su auxilio en cambio de la cesión de la Estonia á la Rusia. Sin embargo, el nuevo tratado de paz ruso-polaco obligaba al czar á auxiliar á Segismundo en su lucha contra la Suecia, cosa muy natural, porque lo que convenía á la Rusia era que sus dos adversarios se debilitasen mutuamente y no que uno de ellos venciera y se robusteciera.

Carlos no aguardó que Segismundo volviera á presentarse con las armas en su país. Prefirió ser el primero en atacar, y en verano de 1600 pasó con un ejército respetable á Livonia, donde la Estonia y la plaza de Reval se declararon inmediatamente á su favor; y antes de concluir el año, tuvo en su poder todas las plazas fuertes de Livonia, y cuyo motivo escribió al czar: «Si en lugar de hacer la paz con los polacos los hubieses atacado por un lado mientras nosotros los atacamos por el otro, habríamos ganado los dos un traje nuevo y no habrías tenido necesidad de pedirnos nada.»

La invasión de Livonia exasperó á los polacos, que decían: «si el duque no hubiese atacado la Livonia, no habrían ensillado los polacos contra los suecos ni un solo caballo.» Después de grandes preparativos, entraron los polacos en Livonia, y mientras en el año siguiente continuaba la lucha sangrienta por la corona de Suecia, quedó definitivamente decidida esta cuestión en la Suecia propiamente dicha, pues en el parlamento de Norköping, de 1604, los estamentos cedieron al duque Carlos y á sus descendientes la corona de Suecia, disponiendo al propio tiempo: que en adelante el rey de Suecia debiera profesar la religión dominante en el país; que perdiese su derecho hereditario si cambiara de religión, si se casara con una mujer no luterana ó si faltara á las resoluciones adoptadas; y que la Suecia jamás podría tener el mismo rey que otro país, ni su rey podría residir fuera de Suecia. Los suecos que mudaran de religión perderían sus bienes y tendrían que abandonar el país. Los estamentos enviaron al rey Segismundo un manifiesto, en el cual enumeraron todos los delitos que había cometido con-

tra su país, y se declararon solemnemente desligados de su juramento de fidelidad y obediencia, diciendo: «que con el auxilio de Dios, que hasta entonces había dado á los suecos valor y poder para defenderse, se opondrían á todos los esfuerzos de Segismundo para recuperar la Suecia.»

Quedaron, pues, separados los dos reinos del Norte de mayor importancia, gobernados por dos príncipes de la casa de Wasa, cada uno de los cuales profesaba religión distinta. Faltaba decidir definitivamente cuál de las dos potencias tendría el dominio del Báltico, y en atención á las circunstancias debería resolverse con la cuestión de dominio de la supremacía política en el Norte de Europa.

Desde luego la Polonia pareció tener notable ventaja, pues justamente en el tiempo en que Segismundo perdía toda probabilidad de recuperar el trono de Suecia, se abrieron á la Polonia nuevas esperanzas por la parte de Rusia, conmovida por formidables cuestiones de sucesión. Instrumento de Segismundo y de los jesuitas fué Jurii Otrepjef, monje griego, que pretendía ser Demetrio, hijo del czar Fedor, y que en efecto fué coronado czar á la muerte del czar Boris Godunoff (1605). Después de haber reinado apenas un año, murió de resultas de una conspiración por haber favorecido demasiado á los polacos y católicos, y fué proclamado y coronado czar otro falso pretendiente, jefe de la conspiración, llamado Vasileji Schuiski. Luego se presentaron sucesivamente otros dos falsos pretendientes, que todos encontraron apoyo en el rey de Polonia, hasta que éste pretendió abiertamente agregar la Rusia á la Polonia, y en el año 1610 los magnates rusos eligieron czar al príncipe Uladislaw Wasa, que á la cabeza de un ejército polaco tomó posesión de Moscou y se estableció en el palacio del Kremlin. Pero entonces los polacos y su gobierno se hicieron tan insoportables que los magnates rusos volvieron á sublevarse y eligieron y sentaron en el trono de Moscou á Miguel Romanoff, pariente el mas inmediato de la legítima dinastía antigua, y así reventaron como bolas de jabón todas las ilusiones polacas. La Rusia quedó libre, pero durante bastante tiempo sufrió las consecuencias de tantas turbulencias, quedando por largo tiempo apartada de la costa del Báltico.

Cara pagó también la Polonia su ilusión de dominar la Rusia, porque había sacrificado inútilmente parte de su poderío en las turbulencias rusas, y estaba completamente dividida por sus discordias interiores. El partido de Zamoiski se vió postergado por Segismundo, que le debía, sin embargo, su elevación al trono; pues Segismundo dió todos los puestos del senado á católicos, adversarios de aquel partido; en aquel senado dominaban los obispos que el rey había nombrado bajo la influencia del Nuncio, y así se suscitaron dos oposiciones, una política y otra religiosa. Los del partido de Zamoiski se opusieron al senado y se vieron apoyados por los diputados de las provincias, asociándose también á ellos los disidentes religiosos; muchas personas se negaron á pagar contribución, se disolvieron varios parlamentos hasta que por fin toda la nobleza, unos 60,000 individuos, se juntó en asamblea y citó ante su tribunal al rey y al senado. El rey, apoyado por su partido y particularmente por los obispos, disolvió (octubre de 1606) esta asamblea, lo que dió lugar á una violenta guerra civil de la cual salieron el rey y la Iglesia vencedores.

Sin embargo, un solo triunfo de la corona sobre la nobleza no significaba gran cosa en Polonia, porque la nobleza no era simplemente una clase de la nación, sino que constituía la nación misma, y en sus manos estaba el poder hacia ya mucho tiempo. Sobre todo desde la extinción de la dinastía de los Jagellones (1572), cuando la Polonia fué declarada

formalmente monarquía electiva, la nobleza era señora absoluta del país, pues que el rey, elegido por todos los nobles que tenían derechos absolutamente iguales, no era mas que un funcionario nombrado por la nobleza, la cual á cada nueva eleccion de rey arrebatava á la corona mas y mas privilegios por medio de los *pacta conventa* hasta que la corona y su representante quedaron rebajados á meros juguetes de los magnates. Esta organizacion de Polonia tan primitiva era en el fondo la misma que en Alemania; solo que los príncipes, magnates y señores alemanes se sobrepusieron por una causa ú otra á sus intereses particulares, mientras la nobleza polaca quedó completamente encerrada en la esfera de los intereses de sus individuos. De este modo, mientras los magnates robustecian su poder en Polonia, perdía este reino su carácter de entidad política. En Alemania los señores grandes y pequeños que dependían directamente del Imperio eran los representantes de éste á manera de una confederacion; pero en Polonia componían el reino todos los nobles grandes y pequeños desde los dueños de dilatados territorios hasta los nobles pobres que apenas poseían una mala choza.

La corona hubiera debido aplicarse á levantar las capas inferiores de la sociedad para darles el carácter de miembros de la nacion, en lugar del que tenían de meros siervos, ó á lo mas extranjeros, y reuniendo á estas clases en estamentos, habria podido fundarse en Polonia una nacion política y la corona elevarse por encima de la anarquía de la nobleza; mas para esto no tuvieron los reyes de Polonia, y mucho menos el rey Segismundo, ni energía, ni voluntad, ni poder. Así sucedió que las ciudades inermes estaban á la merced de la nobleza arbitraria; su comercio, industria y prosperidad disminuyeron rápidamente, perdieron su jurisdiccion, y el elemento alemán se retiró de ellas cada vez mas. La poblacion rural, cuya situacion era entonces tan lamentable en toda la Europa, se hallaba en Polonia en condiciones únicamente aplicables á irracionales. Para el campesino no habia ni rey ni reino de Polonia; no habia mas autoridad que el noble de su aldea ó en su lugar su administrador ó arrendatario. El campesino polaco era un esclavo abyecto, y como los esclavos nunca tienen patria y son siempre cosmopolitas, carecia de todo sentimiento nacional.

Al cáncer de la nobleza se agregó en el reino de Polonia el cáncer de los jesuitas, que conmovió los cimientos de la fuerza nacional, y con la abolicion de la tolerancia religiosa quedó entregada toda la nacion á la Iglesia y clero católicos.

Al principio de la época de cuya historia tratamos, Polonia y España eran los dos Estados mas poderosos de Europa: el uno en el Nordeste y el otro en el Sudoeste. Ambos Estados se encargaron de la mision de hacer triunfar el catolicismo, y cumpliendo esta mision ambos empezaron á bajar de su altura para caer irremisiblemente en la decadencia, de la cual hasta ahora no han podido levantarse (1).

Otra cosa muy distinta sucedió con la Suecia, que hasta muy entrada en el año 1611 disfrutó del gobierno duro y despótico, pero benéfico, de su rey Carlos IX. Mientras Segismundo apuró el vigor de Polonia en proyectos estériles de conquista sin detener por otro lado la decadencia interior, Carlos empleó su actividad principal en el desenvolvimiento interior de su reino, que apenas fundado habia sido presa de un constante desgobierno y que recibió en realidad solo de Carlos IX los primeros beneficios de un verdadero orden social y político. Este soberano restableció la corona

(1) La intolerancia religiosa era un mal gravísimo, según el autor, en Polonia, pero era un bien inapreciable en Suecia. (N. del T.)

á la cabeza del país y salvó la Suecia del desgobierno y anarquía de la nobleza que devoraba la Polonia, oponiéndose sin consideracion ni misericordia á todas las tentativas de la aristocracia para extender su poder político.

Al querer redactar por escrito el derecho público y la constitucion del reino sueco, hizo pedazos el rey el proyecto formado por el consejo del reino, porque se decia en dicho proyecto que el rey tendria obligacion de cumplir y obedecer cuanto el consejo juzgase útil á la corona y al reino. No se llegó, pues, á adoptar una constitucion escrita, pero Carlos tuvo bastante energía y poder para aplicar las disposiciones mas importantes de la constitucion proyectada (2). Organizó toda la administracion interior nombrando para ella funcionarios dependientes inmediatamente de la corona, dando así á su país una organizacion política como no la tenia entonces ningun otro país de Europa. Quedó suprimida toda la intrusion de los grandes feudatarios del reino en el gobierno del país, privando así á la nobleza de su jurisdiccion particular, y la clase media y labradora, admitidas en el gobierno y administracion, fueron las columnas principales de la nueva monarquía sueca. El rey fijó tambien el orden en la Iglesia según su conviccion personal, dándole por base la confesion de Augsburg y el catecismo de Heidelberg. Mejoró la administracion de justicia y organizó de nuevo la ley de sucesion en los territorios feudales, el servicio militar y el ejército. Tampoco descuidó el fomento de la prosperidad material de su país, y gracias á su solicitud el comercio y la industria, en especial la minera, tomaron un vuelo asombroso; fundó nuevas ciudades y las existentes prosperaron rápidamente. En varios de sus trabajos encontró ya adelantado mucho por su padre, pero en otros realizó ideas nuevas hijas de su genio propio, de su amor pátrio y de su voluntad férrea, sin olvidar al propio tiempo que quedaba por solventar la gran cuestion del Norte relativa al dominio del Báltico. En esta cuestion la posicion de Suecia era cada vez mas difícil, á medida que el estado se hacia mas independiente y mas poderoso. Era necesario estar siempre en situacion de defender con las armas la posicion política que la Suecia habia conquistado en el siglo XVI, respecto de lo cual dijo Carlos IX en cierta ocasion: «Los suecos tienen tres vecinos: los dinamarqueses, los polacos y los rusos. Con los dinamarqueses podemos vivir en paz, si les cedemos el escudo de armas que posee la Suecia legítimamente, es decir, las tres coronas y lo que poseemos desde antiguo en la Laponia; si les permitimos el libre comercio en nuestros distritos mineros, y no hablamos mas de las injusticias que nos han hecho desde la paz de Stettin. Con los polacos podemos vivir en paz inmediatamente, devolviéndoles á Pernaú y Dorpat y dejando el punto principal sin resolver, si bien hay que tener en cuenta lo que podría acaso ganar la Suecia con esto. Con los rusos podemos vivir tambien en buena armonía, si les cedemos á Narva, Reval y Viborg. Con esto duraría la paz lo que pudiese.»

Con la Polonia tuvo el rey Carlos que continuar la lucha; con Dinamarca entró en guerra al fin de su vida, y con la Rusia tuvo tambien guerra otra vez. Hasta mas allá de Europa se extendieron sus planes, al idear la formacion de una grande alianza contra el papado y contra la casa de Habsburgo, porque la cuestion del Norte le pareció una parte del gran movimiento político de su época. En 1599 propuso á la reina Isabel de Inglaterra la formacion de una gran alianza del Norte, ya que esta reina tenia un pro-

(2) Si la intolerancia religiosa hubiera sido la causa exclusiva de la decadencia de Polonia y España, todas las naciones de Europa y singularmente Inglaterra y Suecia hubieran decaído, porque todas fueron en su tiempo intolerantes. (N. del T.)

yecto análogo contra la política de España y Polonia; con Enrique IV de Francia entabló negociaciones confidenciales; entró en relaciones amistosas con el príncipe elector Federico V del Palatinado y con el landgrave Mauricio de Hesse, y excitó á los insurrectos holandeses, antes que decidieran su tregua con España, «á oponerse á la supersticion papista y á la ambicion española,» atendido que esto interesaba á todas las potencias, ofreciéndoles el auxilio de fuerza armada para el caso de que continuaran su lucha contra España. Carlos IX tuvo la sagacidad penetrante de los grandes políticos que abarcan y dominan lo presente, y cuya mirada penetra en la oscuridad del porvenir. Habia

puesto la Suecia á la altura de hacer un papel decisivo en adelante. No vió en la Dinamarca protestante ni en la Rusia cismática griega al enemigo que convenia vencer en primer lugar, sino en la Polonia, la potencia papista del Norte de Europa, emparentada con la casa de Habsburgo con la cual la unian además intereses comunes á ambas potencias. En resumen, Carlos IX comprendió que la mision europea de la Suecia era oponerse á la corriente polaco-habsburgo-ultramontana. La realizacion de esta mision dejó á su hijo Gustavo Adolfo diciendo, despues de poner su mano sobre la cabeza del jóven heredero del trono: «*ille faciet* (éste lo hará).»

LIBRO CUARTO

AVANCE DEL ULTRAMONTANISMO EN ALEMANIA

LA INVASION DE LOS JESUITAS

Volvamos ahora la vista á nuestra patria alemana.

Alemania se hallaba con su organizacion política completamente paralizada, y como colectividad nacional completamente muda é indiferente entre los dos grandes movimientos que agitaban la Europa en la segunda mitad del siglo XVI, á saber: entre la lucha en la Europa occidental por la supremacía española, y en el Norte por el dominio del Báltico. Mientras el peligro avanzaba hácia ella desde el Este y el Oeste, dividióse la Alemania, cada vez mas en rivalidades dinásticas y territoriales y en discordias religiosas, entre tres religiones.

Durante algun tiempo pareció estar destinada la Alemania á ser el baluarte y castillo fuerte de la fé protestante en el corazon de Europa, como era ya la cuna de esta fé. Hallábase, como hemos visto, en el mejor camino para expulsar todos los elementos católico-romanos y abandonar completamente al papado. La doctrina católica romana fué perdiendo continuamente representantes y propagadores, haciéndose para los alemanes cada día mas exótica y teniendo cada vez menos aficionados inteligentes. En las clases católicas dominaba la tendencia á hacerse protestantes, y el clero, cuya mision hubiera sido oponerse á esta tendencia, se conservó indiferente á la doctrina católica y á los preceptos de la Iglesia antigua. Muchos clérigos católicos vivían en el concubinato ó estaban casados secretamente. Este era ya motivo bastante para que Ignacio de Loyola fijara la vista preferentemente en la Alemania, en la cual vió el teatro mas principal para la lucha contra el protestantismo, al mismo tiempo que no se le ocultaba que en ninguna otra parte habia de ser la lucha más ruda ni más dudoso el éxito. Por eso justamente se resolvió á emprender esta lucha, pues las dificultades no le asustaron.

Es asombroso observar los medios y caminos que supieron encontrar los jesuitas con su astucia de serpiente para introducirse donde les convenia establecerse y donde podían

esperar el mayor éxito. Para penetrar en Alemania no predicaron las crueldades que la Inquisicion empleaba en los países del Mediterráneo, ni tampoco se valieron de la demagogia provocadora que habia suscitado en la Europa occidental revoluciones sangrientas y asesinatos: se presentaron con celo honroso por la salvacion de las almas y la civilizacion intelectual. Aquellos extranjeros procedentes de Italia, de España y de Flandes se mostraron en Alemania en extremo humildes y modestos, aprendiendo con mucho trabajo los rudimentos del idioma. Se introdujeron sin ruido, poco á poco, casi sin llamar la atencion, pidiendo solo albergue, medios de existencia modestísimos y permiso para enseñar y profesar la cura de almas. Con solo ser tolerados, se mostraron contentos.

Apenas fué confirmada su Sociedad por el Papa, se presentaron en Alemania cuando se extendía por toda ella el movimiento de reforma. Primero se presentó uno, luego dos y finalmente grandes muchedumbres. Pedro Le Fevre y Claudio Le Jay, saboyanos, y el español Bobadilla fueron los primeros jesuitas que entraron en Alemania, como compañeros del legado pontificio enviado á asistir á los parlamentos y discusiones religiosas de 1540 y 1541. Se mantuvieron enteramente reservados, observando únicamente, sondeando la situacion y el espíritu público, y procurando muy cautelosamente conquistar á algunos varones notables é importantes como Cocleo y Gropper. Sobre todo trataron de relacionarse con los obispos, y fueron bien recibidos por aquellos que eran mas adictos á Roma y que se encontraban en situacion mas precaria.

El primero que se entregó completamente á ellos fué el cardenal Oton de Truchsess, obispo de Augsburg, que en el concilio de 1546 se hizo representar ya por jesuitas. Tambien el cardenal Alberto, arzobispo de Maguncia, gran protector en su juventud de los estudios humanistas, se hizo en su vejez gran amigo de los jesuitas.

Mas importante triunfo fué el que alcanzaron captándose el favor de los dos príncipes mas poderosos que habian per-